

17, 18, 19 y 29 de Noviembre de 2010

Sede: Sheraton Buenos Aires Hotel & Convention Center – San Martín 1225 - Ciudad de Buenos Aires

Mesa Redonda: INICIACIÓN DEPORTIVA INFANTIL: ¿CUÁNDO? ¿CÓMO? Y ¿POR QUÉ?
EL ESTÍMULO Y DESARROLLO DEL DEPORTE EN PEDIATRÍA

Tema: El impacto del deporte en el desarrollo del niño

Autor: Lic. Jorge Gómez

Fecha: jueves 18 de noviembre

El deporte conlleva en su estructura esencial, el sentido lúdico, el placer por la realización en sí misma y la libertad de elección, tanto en su práctica individual como colectiva. Sin embargo, la ludicidad básica se confunde o se minimiza cuando la institucionalización de la práctica deportiva metamorfosea al deporte, cambiando sus valores intrínsecos por el valor del resultado, del producto final acabado, en un simil con los sistemas productivos, que parten de otra finalidad inicial.

El deporte, entonces, es sólo una extensión más de la lógica de la competitividad como forma de vida, a través de un esfuerzo agonístico de sus actores para escalar posiciones o encontrar un espacio social, en puja con otro u otros que tienen las mismas expectativas e intenciones. Si no hay lugar para todos al mismo tiempo, unos ganan y otros pierden, unos obtienen y otros quedan con las manos vacías. Porque lo que vale es lo que se obtuvo en términos económicos y visibles, de acuerdo al mejor modelo liberal; decir que este deporte es educativo es una hipocresía.

Ante este modelo, la sociedad se inclina y le rinde pleitesía, sentada en los estadios, ante el televisor o intentando que algún niño o joven de la familia llegue a integrar la pléyade selecta para convertirse en un semidios deportivo, fruto de admiración y aplauso, que ha alcanzado lo que los simples mortales no pueden lograr.

Los modelos convencionales de iniciación deportiva, se han desarrollado a partir del imaginario anterior y conllevan, implícitamente, la exclusión de la mayoría de los niños habitantes de cualquier población, de los beneficios de una práctica realmente educativa y saludable.

Las sensaciones de poder hacer, de confraternidad y cooperación, de construcción de hábitos deportivos para el uso creativo y activo del tiempo libre, la comunión con los pares en un solo cuerpo solidario, implica otra perspectiva de las prácticas deportivas. El otro no es el rival a vencer, es el que hace posible el juego.

Los niños, simplemente, necesitan de un deporte que les sirva para vivir mejor, con bienestar, placer lúdico y una posibilidad de actividad ludomotriz humanizada, autónoma y democrática, con posibilidad de resistencia a lo estatuido por el poder hegemónico.

El problema reside en que el imaginario sobre el deporte de la mayoría de las personas, y en particular entrenadores y profesores de educación física, está fuertemente marcado por la presencia constante del modelo hegemónico descrito y resulta realmente difícil superar las estructuras instaladas, no sólo físicas e institucionales, sino las subjetivas, las más complejas de modificar.

Se habla y se escribe mucho sobre el deporte escolar y su posibilidad educativa, pero esta se circunscribe en muchos casos, a minimizar algunos efectos groseros de la competición en la escuela, sin llegar a modificar demasiado los imaginarios previos, porque no existe convencimiento de que es necesario cambiar el modelo.

Por tal razón, la propuesta podría pasar por un camino de transición, intentando cargar con otros valores a los distintos aspectos que estructuran el deporte actual, en un proceso demistificador y recreativo que, tal vez, dé paso a otras formas deportivas en el futuro.

En primer lugar, marcaremos un cambio denominativo, propuesto por Pierre Parlebas hace bastante tiempo atrás, al concepto de deporte convencional: a partir de este momento hablaremos de **juego deportivo**. Esto implica, de entrada, partir de la palabra juego, adjetivándola con el término deportivo, lo que remite a implicar en esta denominación a todas las acciones humanas, individuales o grupales en que coexistan simultáneamente **el agonismo, el juego y la motricidad**.

Esto rompe con un elemento que habitualmente caracteriza a los deportes universalizados, que es el ser **altamente reglados y sistematizados**.

**5º Congreso Argentino de Pediatría General Ambulatoria
Jornada de Enfermería Pediátrica**

17, 18, 19 y 29 de Noviembre de 2010

Sede: Sheraton Buenos Aires Hotel & Convention Center – San Martín 1225 - Ciudad de Buenos Aires

Si observamos el juego deportivo de los niños, podremos darnos cuenta que el desarrollo de sus habilidades, el superarse y comprobar su superación en el contraste que producen los otros jugadores, es un factor altamente motivante para ellos.

Roberts (1984), citado por Marc Durand¹ “identifica tres categorías de objetivos para el joven deportista: la búsqueda de aptitudes para la competición (competitive ability), la de dominio deportivo (sport mastery), y la de aprobación social (social approval)

- En el primer caso, lo que interesa al joven es poder <soportar la comparación> con otro, no parecer demasiado débil.[...]
- En el segundo caso, [...] ante todo trata de actuar bien (jugar con eficacia, alcanzar un buen rendimiento por sí mismos) [...]
- Finalmente, [...] desea dar una imagen positiva de sí mismos a ciertas personas.”

Un trabajo efectuado por el Comité Olímpico Italiano⁷, concluye que la motivación primaria de los niños para la práctica deportiva está determinada por el juego y el agonismo en sí mismos, no en el resultado final, el triunfo o la derrota. Esto es forzado y reforzado por el adulto y los modelos sociales dominantes, cuando organizan y conducen la práctica deportiva de los niños desaprensivamente o intencionadamente, para convertirlo en un engranaje más del sistema.

La sociedad actual comienza a requerir un deporte donde cada individuo pueda disponer de sí mismo, de una relación amistosa con el otro que se acreciente a través de un juego que le permite a cada uno desarrollar y brindar lo mejor de sí mismo.

El otro se convierte, entonces, en el ser necesario para el propio crecimiento, para llegar a ser más competente –no más competitivo-, en un clima ludomotriz donde se considera a la autorrealización compartida en grupo como valor supremo, obtenida a través del diálogo deportivo.

En la medida que los educadores físicos comprendan cabalmente estas distintas magnitudes del agonismo y los valores –o antivalores- que se agregan al juego deportivo, podrán trabajar con el deporte como medio real de educación, fortaleciendo la motivación natural para jugar, para jugar mejor, no para obligarse a ganarle al otro como única razón para ingresar en un campo deportivo.

No puede seguirse sosteniendo sólo un modelo de deporte discriminatorio, disciplinante, reproductor de esquemas propios de otros ámbitos e intereses y que no resulta pertinente para la mayoría de los niños y adolescentes en esta etapa del proceso civilizatorio, aunque sea muy claro su conveniencia para las estructuras deportivas dominantes.

La iniciación deportiva en la niñez, en consecuencia, no debe plantearse bajo el imaginario que todos los niños desean ser y podrán ser deportistas calificados, sino desde la perspectiva de que todos los niños aprendan a jugar deportes como un derecho de todo ciudadano, con libertad de elección y de forma de jugarlos.

¹ Durand, M. El niño y el deporte. Cap.4. Pag. 45-46. Paidós. Bs.As.1988.

⁷ Comité Olímpico Nazionale Italiano. L'educazione motoria di base. Istituto della Enciclopedia Italiana. 1987.